METODO

para iluminar estampas al oleo.

Siendo la pintura una de las artes liberales que mas encantan al hombre, pues lo ponen en el caso de representar todos los objetos que pueden inspirar algun interes, y repetir las encantadoras escenas que la natu-

raleza nos presenta á cada instante, haciendo duraderas las gratas sensaciones que han producido en nosotros, ya la vista de un pasage adornado con todos sus accesorios; ya la de edificios que llaman la atencion por sus bellas proporciones, por su situacion pintoresca ó por recuerdos históricos, ya, en fin, escenas de familia, cuyo interes es tan conocido: no podia ménos que proporcionar al bello sexo, facilitando sus procedimientos (cuando no se quiere hacer un estudio largo y profundo), poder disfrutar en los ratos de ocio, el placer de dar pos sí mismas, usando los colores, toda la propiedad y verdad á las escenas de toda especie.

El procedimiento que ofrecemos á nuestras señoritas, es tan sencillo como fácil, y de un resultado sorprendente: las estampas propias para él, son las litografiadas; y de las grabadas, las que se llaman al humo.

En un bastidor bastante grande para contener la estampa con todas sus márgenes, se fijará esta por el reves pegándola por sus orillas con un pegamento cualquiera, humedeciéndola ántes, para que al secarse quede

bien estirada: en este estado se usará de un barniz claro [1], dándole alternativamente por ambos lados las manos necesarias hasta que quede bien trasparente; y cuando haya secado, se irán aplicando los colores (preparados al óleo y un poco espesos) despues de haber hecho en la paleta las mezclas respectivas, segun lo pidan los objetos representados, como carnes, ropas, edificios, árboles, aguas, celage etc.: cuidando siempre de aplicarlos por el reves de la estampa, y de no poner uno sobre otro, porque el primero ocultaria al segundo, de que resultaria que los objetos quedasen privados del color y fuerza que les corresponde. Concluido este trabajo, se prepara otro bastidor del tamaño que ocupe solo el grabado, estirando en él un lienzo al que se dará una mano gruesa de color blanco de albayalde preparado al oleo,

[1] Compuesto de aguarrás y aguardiente de caña refino, mezclados en frio en una botella y en iguales cantidades, teniendo cuidado de menearlo siempre que se use.

Podrá usarse tambien el barniz que viene preparado para cuadros.

y luego se adaptará á la estampa por el lado que se han puesto los colores (por supuesto ya que han secado estos enteramente), de modo que un bastidor quede dentro de otro; poniéndolo todo sobre una mesa bien plana, y aprensándolo con algun peso que se le pondrá encima hasta que seque perfectamente: despues con un cortaplumas se cortarán las márgenes de la estampa que han quedado entre los dos bastidores, dirigiendo la navaja por el contorno esterior del bastidor mas pequeño, para separarlo del otro, quedando la estampa pegada al lienzo. Terminada la operacion, no resta sino colocar esto, despues de bien seco, en un marco; y la ilusion es tan completa, que no se ve otra cosa sino un cuadro al óleo.

De esta manera pueden nuestras señoritas adornar sus gabinetes y salas con las obras de los mejores profesores, teniendo la satisfaccion de haberles dado toda la verdad y hermosura que los colores producen en la pintura.

EL NIÑO MAL CRIADO.

«No he de ir sin el chico,» decia doña Plácida á su esposo don Simplicio, cuando íbamos á tomar el coche para ir á comer á Tacubaya. — «Como quieras, mi vida», respondió don Simplicio, lleno de

gusto, pues no deseaba ménos que su cara mitad llevar á Perico al paseo. « Mas », continuó, dirigiéndose á mí, « temo que el niño incomode á vm ». — « Nada de eso », le respondí por pura política, pues bien preví las calamidades y miserias que aquella compañía nos preparaba.

Resuelta ya la marcha de Perico, esta preciosa criatura mudó tres ó cuatro veces de parecer en cuanto al vestido que debia llevar: primero se puso un pequeño uniforme, que le hacia parecer muy semejante al mono del circo; en seguida se probó un fraque, y despues de una larga discusion, convino en ponerse una chaqueta azul, habiéndosele olvidado por fortuna la peregrina ocurrencia de llevar en el coche un enorme borrego, que le servia de caballo, aunque no pudimos escaparnos de su fusil de hoja de lata, que se terció á la espalda con bayoneta armada. En estos preparativos, interesantísimos para mí, gastamos casi una hora, y ya estábamos en la garita, cuando recordó el amable niño que habia dejado en casa á su perro, y se obstinó tanto en gritar y llorar con este motivo, que

fué indispensable volver atras, y colocar al animal en el coche.

Nuestra vuelta produjo otros varios incidentes. El perro azorado mordió á Perico al subirlo al coche, y fué preciso curar aquella grave herida, que causó la mayor consternacion á los tiernos padres; en seguida costó largo afan enjugar las lágrimas y acallar los gritos del paciente: hasta yo tuve que besarle la mano para apresurar la cura, y el lacayo protestó matar al desalmado can para satisfacer la cólera del señorito. En seguida pidió este azúcar y agua, frutas y mamones, de que se hizo provision en el coche, como para atravesar el inmenso Atlántico. Luego se reconcilió con el perro, y por su órden se le dió de almorzar ántes de la salida, en tanto que los padres, contemplando aquel dulce espectáculo, levantaban al cielo el magnánimo corazon de Perico. Allanados tantos obstáculos, íbamos á tomar el coche, cuando se le antojó oir tocar la flauta á su padre, y este no pudo negarle una pretension que aunque imperiosa, probaba su buen gusto y afecto á las bellas artes. Al fin nos pusimos en cami-

no ; mas á poco andar, inventó Perico subir en una de las mulas, para gozar mejor la vista del campo, y fué preciso complacerle, aunque al montarle dió mil gritos la afectuosa madre, temiendo se diese un golpe, en términos de que casi me dejó sordo. Acomodóse nuestro ginete, sostenido del cochero que lo agarraba con una mano, y seguimos el camino paso entre paso, de manera que hubiéramos llegado en dos dias, si por fortuna no se hubiese cansado de su cabalgadura, y vuéltose al coche. Arrodillóse en el vidrio; bajó los cristales, y descolgando su fusil, dió tan fiera carga á la bayoneta en las ancas de las pobres mulas, que estas emprendieron precipitada fuga, arrastrando en ella el coche, en cuyo interior tuvimos segunda edicion de aspavientos, gritos y lágrimas. Detuviéronse al fin las aterradas bestias, se subieron los vidrios, y el autor de tantos desórdenes se resignó á jugar con su perro y fusil durante el resto del viage, aunque agitado por tal inquietud, que el cañon de su arma se puso mas de una vez en contacto con nuestras narices, y la bayoneta anduvo muy

cerca de un ojo de mamá, sin que esta y el afectuoso papá hiciesen mas que celebrar con dulce sonrisa la viveza y gracias de su cara prenda.

Llegamos al término suspirado de nuestra espedicion, y el ejercicio despertó enérgicamente el apetito de Perico. Sucesivamente embauló en su panza leche, dulces, frutas, nieve y sangria, ingredientes que acumulados en aquel laboratorio, no tardaron en producir efectos muy desagradables y visibles en el túnico de doña Plácida y los pantalones de su esposo.

Pusímonos á la mesa, y el niño se empeñó en comer sentado en mis piernas, aunque el fracaso reciente le habia perfumado con cierto olor aun mas ingrato que el almizcle. Ocurrióle ademas que le apretaba la cinta que le servia de venda á su mano mordida, y se la arrancó, manchándome de sangre el chaleco. Siguióse otra sinfonía de gritos y llanto, y fué preciso vendarle y besarle la mano. Se le antojaban todos los platos, y los fué sopeteando sucesivamente. Pidió vino, y porque le dieron Burdeos queriendo Jerez, volcó la

copa en los manteles, dejándolos primorosos. Luego obsequió al perro, subiéndolo á la mesa, y soltó grandes carcajadas al ver que su amigo, queriendo huir de un puesto ageno de su clase, tiró una dulcera de china, y rompió dos vasos.

Despues del café, salimos á dar un paseo por la huerta, y á poco andar tuvo Perico el original proyecto de que puestos en cuatro piés, le sirviésemos de caballos, á falta del borrego. Su padre logró con dificultad eximirme de tan penoso servicio, que él por su parte aceptó con resignacion, hasta nueva órden del caprichoso niño. Este se apoderó de mi baston, lo echó en un lodazal; y se puso á jugar á la pelota con una naranja, que habia tomado de la mesa: uno de sus botes se amortiguó en mi espalda, y su ácida sustancia ha dejado en mi casaca nueva huellas indelebles. Completaban mi diversion los incesantes ladridos del perro, á quien Perico no cesaba de provocar al retozo.

Llegó por fin la noche, y volvimos cargados de flores y otras cosas que se antojaron á Perico, quien nos dejó respirar, acostándose

á dormir tendido en mis piernas y en las de mamá. Ya no tuve otra molestia que la de venir ahogándome de calor, porque no podian bajarse los vidrios, y esponer al niño á resfriarse con el aire. La conversacion (en murmullos para que no despertase) se redujo á celebrar la hermosura y gracias de Perico, y el grande amor que le tenian sus padres. El fatigado navegante, despues de un viage largo y tempestuoso, siente ménos consuelo al pisar el supirado puerto, que yo al despedirme de aquella estravagante familia.

El afecto paternal es sin duda una virtud; pero no consiste en la ridícula y absurda condescendencia y sumision á los caprichos de un ser en cuya mente apenas vislumbran los primeros albores de la razon. Al contrario, esta conducta hace un daño irreparable á los niños, pues los confirma en hábitos viciosos, haciéndolos incapaces de sociedad cuando lleguen á ser hombres, y les prepara una larga serie de padecimientos y desengaños en un mundo de vicisitudes, y sujeto á la imperiosa ley de la necesidad.

El mimar y consentir á los niños, produce

ademas, entre otros inconvenientes, el de hacerlos fastidiosos é insufribles, que no es de poca monta. Un padre, una madre, los ven con ojos apasionados; pero las personas estrañas solo son sensibles á la molestia de tener que sufrir las majaderías é impertinencias de un niño mal criado, sus intempestivos accesos de cólera, sus continuos antojos, su desordenado apetito, sus gritos, travesuras, y otras gracias de este jaez. Contra una legion de papás y mamás, enamorados de sus pigmeos sucesores, ó envanecidos con la temprana belleza de sus hijas, sostendré que los niños deben aprender desde la cuna hábitos de modestia y templanza; y si se arrogan la tiranía de quererlo todo, no solo no se les ha de complacer, sino es necesario reprenderlos y corregirlos con firmeza.

DEL LAVADO.

Entre las labores domésticas que contribuyendo á la limpieza, tan grata á la vista como necesaria á la salud, proporcionan la mas arreglada economía en una casa bien dirigida, debe considerarse como de las prin-